

los, volvemos á hacer alto, y un empleado del ferro-carril grita con voz estentórea:

—¡Padova! ¡Padova! ¡Cinque minuti!

—¡Pádua! ¡La ciudad de San Antonio! ¡La ciudad de Angelo, tirano de idem! ¡La patria de Tito-Livio! esclamo yo, consultando apresuradamente mi memoria.

Y miro por las ventanillas del coche, y solo veo una estacion como cualquiera otra, á la derecha del camino de hierro, y detrás una carretera, y luego un collado en que aran algunos labradores, y en último término unas voluminosas cúpulas, doradas por el sol poniente...

Aquella es Pádua...—Yo volveré dentro de algunos dias.

Tornamos á caminar.

El terreno se baja progresivamente. Algunos canales se dirigen hácia Levante. A lo lejos se abre un horizonte profundo...

Nos acercamos al Adriático.

Al ocultarse el sol pasamos el melancólico *Brenta*, cuyas aguas van á alimentar la *fatal laguna*.

Sucédense los pantanos; escasean las tierras cultivadas; ya no se ve humana vivienda por ninguna parte...

Los tristes resplandores del crepúsculo se pierden en la monótona soledad...

Ya respiramos el ambiente marino.—Acércase la noche...

Mestre es la última estacion de tierra firme.

En la pequeña ciudad que lleva este nombre, empiezan ya á encender el alumbrado...

Es noche completa.

Al salir de *Mestre*, pasamos al lado de algunos fuertes.

Luego vemos blanquear el terreno á derecha é izquierda del camino...

—¿Qué es eso que blanquea? pregunto á un compañero de viaje.

—Es agua, me responde.

En efecto, aquello es agua... alumbrada tenuemente por la luna.

Hemos entrado en el magnífico viaducto de una legua de largo que une á Venecia con el continente.

En otro tiempo ya habríamos tenido que tomar un barco para llegar al archipiélago que constituye la ciudad.

Hoy pasa el ferro-carril por encima de las aguas como el pueblo hebreo sobre el Mar Rojo.

Este itmo artificial es una de las obras mas atrevidas que existen en Europa.

¡Y qué emocion causa sentirse llevado con tal violencia y como por arte mágica, sobre la estension de las olas!—A cualquier parte que se mire, no se ve mas que agua; agua sin fin por la izquierda; agua y mas agua á la derecha; agua delante y detrás de la locomotora...—Y sin embargo, esta ruge, y camina, y devora la distancia, arrastrando su formidable séquito de wagoes y reflejando la

lumbre del fogon y la luz rojiza de sus linternas en el unido cristal de la plácida laguna.

Entre tanto empíezase á ver surgir del plateado horizonte una fulgente constelacion de luces, que forma como un inmenso collar de topacios, cuyos reflejos tiemblan sobre las olas...

Luego se destacan sobre el estrellado cielo algunas pardas sombras de cúpulas y campanarios...

Despues se distinguen ya los cristales de los balcones, irradiando ora la blanca claridad de la luna, ora la luz dorada que brilla en cada aposento.

Todo aquello parece un colosal navio de ébano, plata y oro, ó un fantástico alcázar en que los resplandores de una maravillosa fiesta logran hacer mas bella que el dia la lúgubre oscuridad de la noche...

¡Es la esposa del mar; es la reina del Adriático; es la ciudad de los *Dux*; es *Venecia*!

En esto desaparece tan espléndida vision, y penetra el convoy en un vasto recinto cubierto de hierro y de cristal é iluminado intensamente por colosales faroles.

—¡*Venezia*! ¡*Venezia*! gritan los empleados del camino de hierro, con la misma indiferente tranquilidad y rutinario tono con que pudieran decir:—¡*Getafe*! ¡*Getafe*!

VENECIA—leo yo en el muro de la estacion.

Y por donde quiera que miro, solo veo mozos, polizontes, empleados, carbon de piedra, reverberos, máquinas, cochés, el *buffet*, el *café*, las oficinas, el despacho de billetes, el salon de equipajes, y otras cosas por el estilo.

Esto me desespera.

—*Signor*... ¿*Vuole una gondola*? me dice al fin un muchacho que parece tomado de la *Consuelo* de Jorge Sand.

¡Una *gondola*!... Esta palabra me vuelve todas las ilusiones que empezaba á perder.

—¡Sí... sí!... le digo,—añadiendo para mi capote:

—Huyamos pronto de esta realidad prosáica. Busquemos la soledad en las lagunas. Entremos en Venecia á nuestro modo.

Y mientras hablo así, el reloj de la estacion marca las siete de la noche...

En Madrid serán las cinco y media de la tarde...

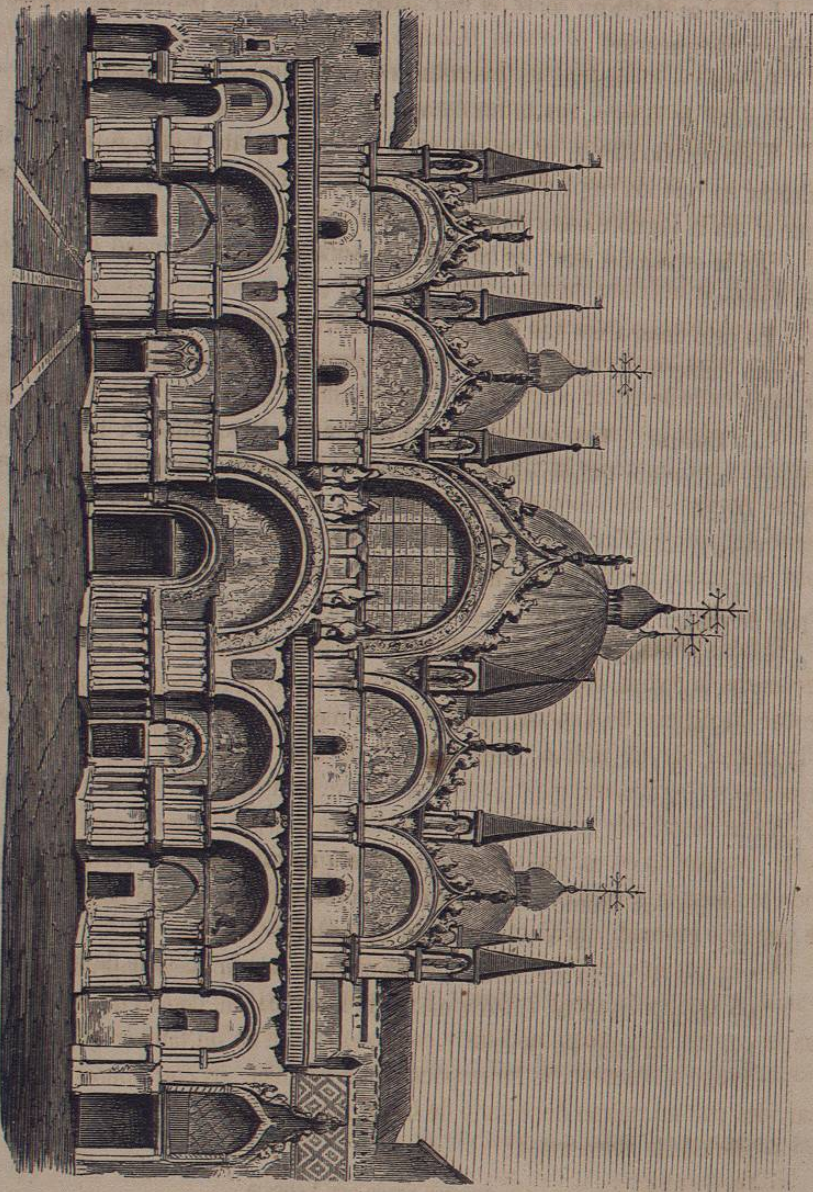
Esto es ya estar en Oriente.

III.

Primer paseo por Venecia.

Quisiera yo al llegar á este punto poseer la sagaz observacion de un diplomático inglés, y una máquina fotográfica en lugar de un lápiz y una cartera, para coger y reproducir todos los pormenores y accidentes de la entrada del viajero

en Venecia.—Y es que yo os creo dominados del mismo vivísimo deseo que yo habia alimentado toda mi vida de conocer tan estraña y célebre ciudad, y os supongo grandemente interesados (ya que habeis tenido valor para seguirme hasta



San Marcos en Venecia.

sus puertas) en verla tal cual es, en experimentar la crítica emoción del primer encuentro, en sentir lo que yo he sentido; en figuraros que lo sentís vosotros.
¡Venecia! No hay pueblo en el mundo que se presente á la imaginación de

las personas que han leído algo, ataviado de tanta poesía, de tanto misterio.— Venecia es la ciudad poderosa que avasalló los mares; la enemiga ó aliada de los papas, los emperadores y los reyes; el antiguo emporio del comercio; la temida república que daba leyes en Asia, Africa y Europa; el asiento del terrible Consejo de los X; la residencia de los *dux*, cuya cronología es una serie de melodramas; la escena en que figuraron *Dandolo*, *Foscari*, *Gradenigo* y *Marino-Faliero*; la mansión de las fiestas y los crímenes, con su carnaval y sus góndolas, sus cantos y sus gemidos, sus amores y sus asesinatos; Venecia es un ideal que se cree irrealizable, producido por la lectura del *Bravo* de Fenimore Cooper, de las tragedias de Byron y de las descripciones de Chateaubriand, Sand, Musset y tantos otros; Venecia es, en fin, la interesante beldad, cuyo presente infortunio arranca elegias á todos los oradores y periodistas del universo; la heroína del 1848; la huérfana desamparada de 1859; el suspiro constante de los italianos; la paloma que espera la muerte bajo la garra feroz del buitres...

Con estas ideas en la imaginación, he pugnado valerosamente por alejarme de mis compañeros de viaje, (que han venido á Venecia á vulgarísimos negocios, y para los cuales la ciudad no tendrá ya encanto alguno) y he desoído ó rechazado estóicamente la fingida devoción artística con que los comisionados de los hoteles y los *ciceroni* me ofrecían tal ó cual alojamiento, situado en frente del *palacio Foscari*, en la *plaza de San Marcos*, en la *Riva degli Schiavoni*, en esta ó la otra calle, con vistas sobre el *Gran Canal*, cerca del *Puente de los suspiros*... etc., etc.

El falso entusiasmo con que pronunciaban estos nombres, y el comercio que hacían con la belleza de su patria, me producían muy mal efecto.—Yo no quería probar las delicias de Venecia por medio de terceros ó corredores. Prefería buscar á la deidad por mí mismo, aun á riesgo de que, desdeñosa, me ocultase al principio su hermosura.

Antes de salir de la estación, he tenido que entregar nuevamente mi pasaporte, recibiendo en cambio un papel como el que me dieron en Verona; he sufrido también interrogatorio y registro, y soportado miradas de desconfianza y de vejatorio exámen, que iban acabando ya con mi paciencia.

Así es que mis contestaciones á la policía han sido un poco imprudentes.

—¿A qué viene usted á Venecia? me preguntaba un alemán de dos varas y cuarta, rubio como unas candelas y con todo el aire de un tambor mayor.

—Vengo á observar, le he respondido. A estudiar sus costumbres... A formar idea por mí mismo del estado de la opinión pública.

—¿De dónde viene usted?

—De Guadix.

—¡Ya! exclamó el digno empleado, como si hubiese salido de dudas.

Luego añadió:

—¿Y cuánto tiempo va á permanecer usted en Venecia?

—No sé. Según me vaya en ella. Si me fastidian mucho las gentes, me iré pronto. ¿Cree usted que lo pasaré bien?

—¿Dónde va usted á vivir? replicó el de policía secamente y como si no hubiera oído mi pregunta.

—Iré al hotel que mas me acomode, y cuando me canse de uno me mudaré á otro. Tenga usted la bondad de tomar acta de esta facilidad mia para mudar de alojamiento, á fin de que no se preste á enojosas interpretaciones. ¿Qué hotel cree usted que me convendrá mas?

—¿Qué sé yo! respondió el alemán encogiéndose de hombros.—A ver... otro viajero.

—¿Ya ve usted!—prosegui.—¿Y usted vive en Venecia! ¿Cómo he de saberlo yo que acabo de llegar ahora mismo?—¿Es usted italiano?

—¿Otro viajero! repitió el pobre hombre, no sabiendo cómo desembarazarse de mí.

—Dígame usted, continué yo. ¿Y Venecia? ¿Está tranquila? ¿No hay que temer ninguna asonada? ¿Se halla contento el pueblo?

El comisario no acertaba á darse idea de lo que le ocurría.—¿El... nacido para preguntar, se veía preguntado!!!

Un francés se hubiera ya exaltado: un español me habría puesto preso: el alemán se contentó con atusarse el bigote.

—¿Y qué me importa á mí, dijo, que el pueblo esté ó no esté disgustado?

—Dígame usted, añadí yo sin turbarme. ¿Hay tarifa para las góndolas?

El hombre me miró de pies á cabeza. Creyóme sin duda loco, y me volvió la espalda con la magestad de un pavo.

Yo estaba satisfecho. Había vengado á Venecia. Había adulado á mi querida.

En esto vino á buscarme el chico de la góndola, diciéndome que ya estaba preparada.

Sali, pues, de la estación; bajé unas escaleras, y vi en frente de mí una infinidad de faroles, cuya viva luz me deslumbró al principio.

En los cristales de aquellos faroles se leían (como en los de los ómnibus que esperan la llegada de los trenes en París, Turin y otras capitales) los nombres de los principales hoteles de Venecia; nombres que eran repetidos á grandes gritos por sus comisionados y representantes.

Albergo Reale.—Albergo della Vittoria.—Hotel de la Luna.—Hotel d'Europe.—Hotel d'Italia.—Hotel de la Ville.—Hotel dell'Aquila d'Oro.—Hotel de la Gran Bretagna... etc., etc., decían las voces y los letreros.

Entonces reparé en que aquellos ómnibus no tenían caballos; en que estaban en el agua; en que eran góndolas...

La escalera que acababa de bajar, tenía por último peldaño la laguna...

La *góndola ómnibus*, recientemente inventada con permiso del gobierno, es mas grande y menos bella que la góndola propiamente dicha, y solo pueden usarla las empresas de ferro-carril ó navegacion.

En cuanto á la clásica góndola veneciana es hoy la misma que era hace doscientos años; pues existe una rigurosa ley suntuaria que prohíbe hacer variacion alguna en su forma.

Ya hablaremos mas detenidamente de estos célebres vehículos, cuando los examinemos á la luz del día.

Ahora solo debo decir que la verdadera góndola es una especie de esquife estrecho y largo, todo negro y de una fantástica elegancia, en medio del cual hay una como litera ó caja de coche; en que pueden encerrarse cómodamente cuatro personas.

Antes de entrar en la góndola, eché una mirada en torno mio.

Me encontraba á la orilla de un ancho canal, que se dilataba á derecha é izquierda entre elevados edificios, cuya parte superior blanqueaba la naciente luna, mientras que la parte de abajo se perdía en densas tinieblas.

Al través de los cristales de muchas ventanas y balcones se filtraba la luz de la velada nocturna, yendo á reflejarse vagamente en la inmóvil y tersa superficie de las aguas.

El alumbrado público proyectaba tambien largas fajas luminosas, mucho mas brillantes, en el líquido elemento...

Este cuadro, donde todo era resplandeciente ó negro,—agua y luz, ó impenetrable sombra,—inspiraba una fúnebre tristeza.

El canal se perdía de vista por sus dos extremos, retorciéndose de modo que formaba como una S.

El silencio y la soledad que reinaban en él, contrastaban lúgubrememente con el ruido del viaje y con el tumulto de la estación.

Entré en la góndola. Hacia frio. Envolvime en mi capa española y abrí las ventanillas de la que he llamado litera, á fin de ver todo lo que fuese saliéndome al encuentro.

El gondolero que me habia hablado antes, se colocó á popa, y otro, aun mas joven, hermano suyo, permaneció á proa.

Cada uno estaba armado de un largo remo, y los dos siguieron de pie durante toda la travesía.

Los gondoleros no se sientan nunca para remar.

—¿A dónde vamos, señor? me preguntó uno de los jóvenes con un suavísimo acento en que noté ya las dulces inflexiones del dialecto veneciano, célebre por su infantil y femenina ternura.

—Al *Hotel d'Europe*, contesté, recordando mi cita con el prusiano.

—Ese hotel está al otro extremo del *Canal Grande*.

—¿Es este el *Canal Grande*?

—Sí señor: aquí principia. Tiene cerca de una legua de largo; pero nosotros tomaremos luego por algunas callejuelas que nos ahorrarán mucho camino.

—Como quieras.

Vogamos.

Los remos levantaban fosforescencias en el agua, y producían un lento, claro y melancólico ruido, única señal de vida que daba la ciudad.

El resto de los viajeros que habian venido conmigo, se habia quedado en la estación sacando sus equipajes.

Mi góndola era, pues, la única que surcaba el gran canal, triste y solitario en aquel paraje, por ser aquella la parte mas humilde y pobre de la poblacion.

Segun revolviámos la amplia curva que forma constantemente, aunque en varios sentidos, el Canal Grande, la luna iba alumbrándolo de lleno, hasta que por último, se bañó en su misteriosa luz toda el agua que servía de suelo á la calle, y brotaron de la oscuridad, fantásticas é indecisas, las graciosas fachadas de algunos palacios, cuya noble y aérea arquitectura se copiaba en las olas transparentes.

Al ver aquellos otros edificios debajo de la góndola, parecíame que esta volaba, como una golondrina, por una calle cualquiera, á media altura de las casas...

Entre tanto, el canal se ensanchaba y embellecía poco á poco.—Ya tendria cuarenta metros de anchura.—El alumbrado era cada vez mas frecuente y esplendoroso. Los palacios y las iglesias se sucedian sin interrupcion. Las puertas de unos y otras, y las de todas las casas grandes ó pequeñas, estaban como á vara y media de altura sobre el nivel del canal. De cada puerta arrancaba una escalinata de mármol, cuyo último escalon era siempre el agua...—Cada lado del canal podia compararse á un inmensurable navío.

Frecuentemente desembocaban en la via principal que nosotros seguíamos, algunas modestas callejuelas.

Yo escrutaba entonces con ávida mirada hasta el fondo remoto de aquellas travesías, y siempre encontraba lo mismo:—agua dormida entre dos hileras de edificios; agua opaca y silenciosa, cuya existencia se revelaba solamente por el largo reflejo que, á la manera de una estela de oro, trazaba, á todo lo largo de en crucijadas y callejones, algun turbio reverbero, destacándose de una esquina...

Nada mas triste, mas pavoroso que el dédalo de estrechísimos canales que se adivinaba allá dentro.—Ni un alma, ni un rumor, ni un punto de terreno en que tenerse de pie se percibian en aquellos barrios interiores, cuyo cielo apenas se alcanzaba á ver por encima de las altas y estrechísimas callejas, y cuyo pavimento era siempre un abismo taciturno.

Yo no habia creído nunca que fuera absolutamente verdad todo lo que cuentan los libros acerca de las calles de agua de Venecia; pero fuerza me es reconocer que, por esta vez siquiera, no hay exageracion en los asertos de los novelistas.—Venecia es mas poética, mas romántica, mas interesante de lo que se la puede fingir la imaginacion,

Seguíamos vogando.—Los gondoleros remaban en silencio. Sus airoas figuras, vestidas con un largo gaban y un sombrero de anchas alas, parecian formar parte de la embarcacion y se destacaban agigantadas y negras sobre el agua fulgurante y el esclarecido firmamento...

¡Oh! la luna, la arquitectura y el agua! ¡Qué riente y grandiosa perspectiva! ¡Qué espléndida suavidad! ¡Qué lontananzas plateadas! ¡Qué círculos de juguetonas luces en torno de la góndola, producidas por la quilla y por los remos!

¡Cuántos millares de quebradas lunas en el movable espejo del prolongado estanque! ¡Qué fulgor submarino! ¡Qué palacios acuáticos! ¡Qué fantásticas torres avecinándose al cielo y repitiéndose en el abismo! ¡Qué ilusion! ¡Qué hermosura! ¡Qué fantasía!—Dijérase que Venecia es de cristal y que tiene luz propia como los astros.

El plácido arrobamiento en que venia sumergido no me ha dejado voluntad ni accion para preguntar cosa alguna á los gondoleros. Un palacio se sucedia á otro. A la puerta de algunos de ellos se veian *atracadas* varias góndolas que indicaban ó que los señores iban á salir, ó que tenian visitas.—Asi juzgamos en otras ciudades cuando vemos carruajes á la puerta de una casa.—Los gondoleros fumaban sentados en la húmeda escalinata de aquellas antiguas mansiones de fiestas y placeres.

Al deslizarnos por enfrente de un altivo palacio, cuyos numerosos balcones irradiaban una viva iluminacion, he oído cantar al piano el aria de tiple de *Maria de Padilla*... —¡Amores de Andalucía que conmueven las almas en Venecia!—La voz de aquella mujer era limpia, sonora y apasionada como las notas graves del ruisenior.

El cadencioso y tardo latido de la laguna herida por los remos se mezcló largo rato á aquella lejana música. Luego dejó de percibirse la voz, y volvió á resonar sola, en el alto silencio de la noche, esta monótona palabra, que el agua soñolienta nos decia cada vez que los remos turbaban su quietud:—*Pasad...—Pasad.*

Y nosotros pasábamos, dejando en pos nuestro revueltas y turbadas las antes adormecidas olas.

Yo no he visto nunca barco alguno de remo que marche tan de prisa como esta especie de piragua llamada góndola.—Entre uno y otro golpe de remo mediará siempre un intervalo de cinco segundos, y en este tiempo la nave hiende las ondas como una exhalacion, adelantando mas de cincuenta brazas de camino.

Después de una media hora de navegacion, he divisado un elevado puente de un solo ojo, tendido sobre el canal.

Nuestra góndola debia pasar por debajo de él.

—*Il ponte di Rialto*, exclamó solemnemente un gondolero.

¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué recuerdos de antiguas esperanzas!—*El Puente de Rialto!*...—En una novela que escribí yo hace nueve años, hice pasar á una góndola por debajo de este puente, sin conocerlo.—¡Cuán poético soñaba yo este sitio! ¡Y cuánto lo es en efecto!

Encima del puente hay trece arcos, dispuestos en sentido longitudinal.—El de en medio está vacío. Los otros doce son otras tantas tiendas, profusamente iluminadas. Delante de ellas hay un barandado ó balcon, al través de cuyos balaustres se veía andar á la multitud. Por el arco hueco pasaban tambien longitudinal y transversalmente algunas personas. Esto significa que el puente sirve de asiento á tres calles, una interior y dos exteriores, formadas por las balaustradas